



MARTÍN CAPARRÓS



Comosí

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



VVAL - 44

Primera edición en CD, septiembre de 2017

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2745-7

ISBN 978-607-02-9677-0

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.

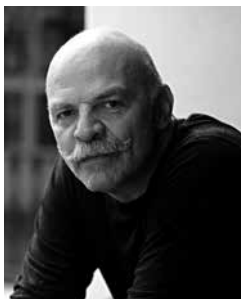
MARTÍN CAPARRÓS

Comosí

Presentación
Gastón García Marinozzi



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Martín Caparrós. Nació en Buenos Aires en 1957.

Se licenció en Historia en París, vivió en Madrid, Nueva York y Barcelona, hizo periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Heralde de Novela, los premios Tiziano Terzani y Miguel Delibes de Ensayo, los premios Rey de España y Moors Cabot de Periodismo, plantó un limonero, tiene un hijo y ha publicado unos treinta libros —en unos treinta países. Los últimos son la novela *La Historia*, el ensayo *El Hambre* y las crónicas de *Lacrónica*.



Gastón García Marinozzi.

Nació en Córdoba, Argentina en 1974.

Es periodista y escritor. Ha publicado en Argentina, Colombia, México, España y Francia. Es autor de la novela *Viaje al fin de la memoria* (Editorial Tusquets).



CONTENIDO

Presentación

Gastón García Marinozzi 9

DEL LIBRO *EL INTERIOR*

PUERTO LIEBIG 19

DEL LIBRO *UNALUNA*

LA HISTORIA DE RICHARD DE LIBERIA 27

DEL LIBRO *LA HISTORIA*

EL PRINCIPIO 37

DEL LIBRO *AMOR & ANARQUÍA*

LA MUERTE DE MARÍA SOLEDAD ROSAS 41

DEL LIBRO *EL HAMBRE*

UN FRAGMENTO 47

DEL LIBRO *A QUIEN CORRESPONDA*

UN FRAGMENTO 51

DEL LIBRO *LARGA DISTANCIA*

CAPARRÓS O LA DERROTA ESPERANZADA 55

DEL LIBRO *LA HISTORIA*

Y POR FIN BONUS TRACK 61

Presentación
La mirada de Caparrós
Gastón García Marinozzi.

Se escribe mejor sobre lo que no se conoce. El paradigma de concebir la realidad como algo que debe ser explicado desde la literatura quedó definitivamente atrás, para privilegiar una idea más fragmentaria desde lo real y al mismo tiempo un pensamiento voluntariamente débil, un pensamiento que parte mejor de la duda y de la perplejidad, que de la certeza. Escribir en este sentido no presupone conocer la realidad, sino al revés, se escribe para conocer la realidad. Se escribe para preguntar, como en un proceso de conocimiento de investigación. No se escribe porque se conozca, por ejemplo, la historia de un país, sino todo lo contrario: se escribe porque al parecer no sabemos nada de él.

Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) ha escrito más de treinta libros, innumerables artículos periodísticos y es un constante y atento comentador de la realidad. Su obra literaria y periodística es una obra afianzada en

el cruce de fronteras de territorios, de géneros, de épocas. Distinguir obra periodística y obra literaria en Caparrós es una falaz tentación para los organizadores de bibliotecas, ya que en la mayoría de los casos la apuesta por el salto fronterizo puede ser uno de los aspectos que da orden a su trabajo.

Sus libros, que pueden leerse como novela o como crónica o como ensayo, son –inevitablemente– un cúmulo de las obsesiones del autor. Cuando el periodista da lugar al novelista para que se explaye en la libertad de la imaginación sin la tensión rigurosa de los datos, Caparrós no esconde las manías que lo llevan a caminar por el mundo como el expedicionario nato que es. Entre las virtudes que destacan de sus escritos, muchas veces se hace referencia a su mirada “de cazador”. Él mismo lo define como “aquel comportamiento atávico del Cromagnon que sabía que si no estaba muy atento, quizás se perdiera la única liebre que saltaría en toda la jornada y esa noche pasaría hambre. Esa obligación de mirar, esa tensión, esa adrenalina, es lo que me gusta de viajar para contarlo. Y el placer de creer que uno va entendiendo cosas, encadenando lo que ve para formar una imagen más o menos completa, y muchas veces equivocada... pero qué importa”.

Así es como toma el mundo y la realidad como un problema, y trata de desestabilizarlo o indagarlo desde las letras y, por supuesto, desde el mito.

Porque antes que nada, el mito. No hay texto ni narrativa verosímil sin mito. No hay país sin esa historia que lo invente, le dé forma y lo geste. Podríamos aventurarnos en decir que la idea de Caparrós de un país como Argentina está constituída sobre tres mitos narrados y escritos para crear un territorio y una idea de territorio –una pampa, una ciudad, una biblioteca– en el que confluyen un grupo de individuos (unos cuantos, no tan numerosos, pero sí lo suficiente), para más o menos aunar ideas, enfrentarlas entre sí, para el sólo hecho de convertir eso que se llama nación, país, o aún más pretensioso e inasible: patria.

El primer mito se desprende de un texto de Esteban Echeverría, a quien Caparrós le dedicó una de sus más extraordinarias novelas. *El matadero*, (escrito en 1838 y 1840 aunque publicado en 1871) es el cuento fundacional de la literatura argentina, tan significativo y vital, porque nos enseña cómo de la mano de la literatura, es posible fundar también la Historia, inclusive en medio del paisaje más inhóspito. Echeverría logra

en un cuento de pocas páginas, en ese primer cuento de una tradición tan afecta a este género, la narración de lo que ocurre durante una cuaresma bajo la estricta vigilancia del gobierno de Juan Manuel de Rosas, y franquear así un camino, y abrirlo ya ensangrentado y violentado desde el origen.

El latrocinio y la brutalidad condensados en un páramo absolutamente real refleja lo que David Viñas, refiriéndose a *El matadero*, señaló en su libro *De Sarmiento a Cortázar, literatura argentina y realidad política*: “La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación”.

Las primeras letras argentinas, es decir las primeras ideas, ese primer mito, describen el horror de la sangre derramada. Y es con esa sangre, que comienza a escribirse y a pensarse, por qué no, un país.

Poco más de un siglo después, el Bustos Domecq de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, retoma el argumento de *El matadero* para escribir *La fiesta del monstruo*, una revisión del enfrentamiento de un joven con la autoridad, que acaba torturado hasta la muerte por una muchedumbre furiosa.

En 1845, Domingo Faustino Sarmiento escribe en su exilio chileno su memorable obra *Facundo*, que podemos considerar *nuestro* segundo mito.

Con la excusa de narrar la historia del caudillo riojano Facundo Quiroga, erige sobre la precaria y recién iniciada literatura nacional una idea de nación, un ensayo sobre la patria y una reflexión arrojada hacia tres puntos temporales: el pasado, que aún es tan breve pero tan lleno de sangre en esa pampa de gauchos; el presente del “Tigre de los Llanos”, bajo el yugo de Rosas; y el futuro definitivo, largo e incierto que se debate en el drama dicotómico de los nacientes países americanos: “civilización o barbarie”. La barbarie es el territorio, enorme, desértico, en la naturaleza que aún no se ha domesticado: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión”, escribe. La civilización (idea que retomará décadas después José Vasconcelos) será entonces el espacio donde radica la esperanza del país naciente.

El Matadero y Facundo fundan a su manera un país, o al menos una idea del mismo, sobre el que se impondrán las incesantes indagaciones reflexivas aún un siglo y medio después. Un filo para contar las historias, las vidas, los horrores, las dictaduras. Poética y política. Narración y cuento contra la barbarie que durante décadas no da sosiego. El pretendido triunfo

de la palabra. El deseo incumplido de la palabra. El decir: la literatura constituyente.

A la vez que fundan una tradición, *El Matadero* y *Facundo*, la fundan pervertida, mezclada, la hacen híbrida y degenerada, inauguran géneros literarios, pero que no nacen puros como en las literaturas de otros países. Aquí son géneros mezclados. *El Matadero* es cuento pero también es crónica, costumbrismo y símbolo. *Facundo* es novela, ensayo, a la vez que es periodismo y folletín, también Historia y ficción. Sarmiento es un ideólogo consumado que tiene una misión política e intelectual, para la que viaja buscando testimonios, describe escenarios que no conoce, se documenta con los textos de Echeverría, con reproducciones de cuadros y grabados. Un “libro extraño, sin pies ni cabezas”, lo definió el propio autor.

Esta es una tradición que, por lo tanto, se funda en la traición.

El tercer mito, acaso el definitivo, es la idea de traición que Jorge Luis Borges, precisamente, desarrolla en su famoso ensayo “El escritor argentino y la tradición”. Aquí plantea dejar atrás el criollismo del Martín Fierro (y de sus primeras obras), para ir y regresar del mundo, sin complejos con

una mirada propia –¿argentina?– de la cultura cosmopolita. La filosofía o la teología, las matemáticas, Homero, Shakespeare y los arrabales porteños: el universo entero que puede leerse, escribirse y entenderse desde la salita crepuscular de la casa de los Viterbo.

La tradición argentina es la traición a una idea de la tradición. Eso aplicado a la literatura ha dado muy buenos resultados.

Estos tres mitos fundacionales de la tradición y la traición están arraigados en la manera en la que Caparrós se pregunta constantemente por la idea de la patria, acaso su principal obsesión. Aparentemente no lo hace desde el intento de una “mirada argentina”. De hecho, durante un tiempo pareció renegar de esa particularidad, con el propósito de mirar con menos prejuicios. Acaso lo haya logrado, sin embargo la pregunta de qué es eso que llaman patria no encuentra respuesta, y sigue gestando literatura, su literatura.

“La Argentina es un invento, una abstracción”, escribió Caparrós en *El Interior*, “casi tres millones de kilómetros de confusiones, variedades, diferencias, inquinas y querencias y un himno, una bandera, una frontera, mismos jefes, y a veces, mismos goles”.

Este libro es un recorrido por rutas que lo llevan miles de kilómetros, a través de parajes y provincias de eso que puede entenderse como la Argentina profunda, el interior, o simplemente, lo que no es Buenos Aires. Es decir, donde no se oye tango, sino cumbia. *El Interior* es una heterodoxa colección de crónicas, relatos, poesías. Es periodismo, pero que puede leerse como la Gran Novela Argentina que aún no se escribió.

De intentar conocer y explicar esos orígenes, luego de varios libros de diversos géneros, Martín Caparrós da el salto definitivo para conocer el mundo y explicarlo con esa obra monumental llamada *El hambre*, acaso el libro más necesario de los que se han escrito en los últimos años.

El hambre es el carpetazo definitivo para el periodismo del Siglo XXI: la declaración de principios de la mirada ética sobre los agravios del mundo, la calidad literaria por sobre todo, la precisión de la verdad. Parecen obviedades, pero la tendencia en la mayoría de los medios, la ansiedad de la crónica de moda, parecen ir en contrario.

El mundo de Caparrós es un mundo que obliga al lector a intentar comprender, con él, a los personajes que tienen en frente. Para ello se toma

del periodismo o de la literatura, porque son personajes que existen o que existieron en la realidad, o propios de su ficción.

Esto es lo fundamental. Porque en todo caso, son hombres y mujeres ante la existencia y la historia diaria, de hambres, de sueños, de pobreza, de guerra. Son hombres y mujeres que han soñado la revolución, la suya, la de sus propias vidas y a veces las revoluciones más grandes. Son los que miran esos sueños, atravesados por las guerras, son niños mutilados, famélicos, que ya ni tienen preguntas que hacerse. Son la violencia y la sangre, son la Historia. El futuro incierto, el dolor de ya no ser, y el de seguir siendo. Son el hambre y la comida, otra obsesión de Caparrós: siempre sabemos qué comen sus entrevistados, sus personajes. La fuerza del hambre. Sobrevivir a la muerte. Morir para algo, el sentido de la muerte.

Escribir para contar el paso del tiempo, la velocidad. Caparrós escribe rápido pero el mundo no tiene prisa; la historia, menos. Su mirada es un *travelling* que recorre la escena dolente y a cámara lenta.

Caparrós es prodigioso en su propuesta narrativa: cuenta en tiempos extraños, donde el público no siempre quiere saber ni conocer, porque

ese público cree que le basta con creer. Sin embargo, Caparrós insiste escribiendo de guerras, de futbol, de ideas. Escribe para mirar. Escribe para crear mitos y luego derribarlos. Escribe ficción, novela, ensayo, periodismo para conceder una mirada, una voz, que es la suya, la de la palabra contra la barbarie.

Ciudad de México, 2017.

DEL LIBRO *EL INTERIOR*
PUERTO LIEBIG

Durante la mayor parte del siglo XIX la tecnología de punta de la Argentina fue el saladero, y sus dueños los dueños del país. Tanto Rosas como Urquiza fueron patronos de saladero, pero en la segunda mitad del siglo aparecieron dos tecnologías nuevas: por un lado los barcos frigoríficos, que permitían exportar la carne sin salar; por otro, el famoso extracto de carne, que inventó un Justus von Liebig, alemán, y que permitía encerrar la potencia alimenticia de la carne en una lata y mantenerla encerrada mucho tiempo. Ingleses le compraron la patente e instalaron sus factorías por el mundo. Aquí, en el norte de Entre Ríos, se llamó Pueblo Liebig. Es la hora de la siesta, llueve –ladra un perro.

Y sí

todo por ahí arriba anda la gente cerrando válvulas abriendo
controlando las máquinas vagueando caminando

todo
por ahí arriba
anda la gente
me dice don Balbino y que por favor tenga
cuidado dónde piso
que ya nada está quieto últimamente.
Acá en la Liebig se faenaban mil quinientos animales cada día
usted los viera
esto era un mundo
¿cómo le digo?
un mundo.
Si parece mentira.

Mil quinientos animales cada día: seis mil patas de vacas de
vaquitas de terneros avanzando esa rampa resbalando esa rampa
mugiendo por esa rampa hacia la muerte de las vacas:
un buen palazo en la cabeza las patas

despatarradas sobre azulejos blancos la lengua gris
afuera el chorro
desde el cuello el íntimo
cuchillo en la garganta.
Acá la muerte era la forma
vociñlera olorosa de la vida una manera
próspera de la vida un modo
de rellenar el mundo de decir
la Argentina les da lo que precisan. Acá la muerte
se hacía todos los días.

Vacas morían para hacerse esencia:
aquí se fabricaba
no carne no un producto sino una idea: una abstracción
aquí
se arrancaban de la carne sus esencias
un abstracto de carne un concepto

de carne los valores
que la carne tiene mezclados en sus fibras:
aquí
no hacían industria sino filosofía.

En esos días había
miles y miles y miles de soldados
en guerras europeas se zampaban
una lata de extracto liebig justo antes de saltar de la trinchera
justo
antes
de salir a morir por una patria.
Aquí había vacas
que se volvían una patria.

Las vacas muertas para que los soldados vivos muertos. Ahora
la tarde es gris y llueve suave y don Balbino me lleva de paseo por las

ruinas.

Digo: por las ruinas.

Don Balbino me pasea por un cementerio de turbinas dínamos
calderas las paredes

se caen los pisos se resienten con los pasos el hollín

se empecina la humedad

la humedad

huele como un lamento

entonces acá llega el amoníaco y da una vuelta para seguir
enfriando

me dice don Balbino acá

donde usted ve estos yuyos estaban las calderas que hacían el
sebo para los jabones y acá

estas maderas

eran los muelles donde atracaban barcos de la reina allá

en aquel galpón estaba la carpintería

me dice don Balbino
porque todos los cajones los hacíamos acá y la herrería y el
comedor de hombres y el de mujeres más allá y donde están esos
mosaicos blancos estaba lo que llamaban el playón
que es donde las mataban
y les sacaban todo: la carne para el extracto el cornebif el
picadillo los huesos para abono la lengua el corazón el bofe los riñones
para harinas la sangre
que se iba por esa canaleta ahí
donde usted ve esos yuyos
porque también la hacían harina los cueros
los huesos cuernos pelos de la cola todo
se aprovechaba acá señor.

Acá

es la ruina.
Paredes desnudadas agujeros
en el suelo escaleras

escasas de escalones techos
sin techo máquinas
inmóviles los hierros
retorcidos el óxido:
óxido sobre todo y sobre
todo. Nada
ni nadie los venció
se fueron
porque otros inventaron otras cosas porque en otro
lugar lograban más: se fueron.

La ruina siempre es lógica.

La ruina es lógica la tarde
es gris se descompone la carne
ya no está aquí la muerte
tampoco está la vida

también se fue no queda
más que un olor extraño y sí
me dice don Balbino mire allá
donde ve esas paredes por ahí
van a ir llegando los obreros:
si parece mentira.

Hay países que tuvieron que trajar siglos y siglos para ir haciéndose, lentos, lentos, de ruinas. Grandes países, países importantes tardaron tanto tiempo. Nosotros, argentinos, lo hemos logrado en plazos increíbles. Somos extremos fabricando ruinas.

DEL LIBRO *UNALUNA*
LA HISTORIA DE RICHARD DE LIBERIA

Los edificios moribundos, la calle interminable sucia atiborrada donde se vende toda la ropa vieja de Occidente: África es el cementerio de nuestra ropa usada —que tenía que morir en algún sitio. Las zapatillas falsas son, en cambio, nuevas. Hay un mercado: cuanto más difícil es comprar y vender y comprar, más grande suele ser el mercado. Hay un mercado grande. Una mujer se especializa en los extremos: vende pies de chanco y cabezas de pescado; muchas mujeres llevan bultos sobre la cabeza en equilibrio, algunas sus bebés en la espalda, una nena arregla una y otra vez sus cuatro grupitos de cuatro bananas cada uno —y las bananas están negras de pasadas. La cantidad de chicos, humo, perros negros. Los chicos tienen ojos enormes —el calor no los vence. Un hombre tiene una pierna menos; dos hombres, más allá, tienen dos brazos menos —cada uno. Hay más hombres con menos, recuerdos de la guerra. Otro con media pierna usa una muleta de madera: a cada paso da un extraño salto. La muleta es

muy corta. Si fuera diez centímetros más larga coincidiría con su pierna entera, le permitiría caminar sin ese sobresalto: trato de pensar por qué no lo habrá hecho, trato de no pensarlo. Siguen más moscas, cebollas, chiles rojos, aceites rojos, carne gris y sonrisas muy blancas: bastantes me sonrén, varios no. Una mujer me dice blanco de mierda qué estás haciendo acá, esto no es para blancos de mierda. Yo la miro y trato de hacerle una sonrisa despectiva; ella sigue gritando. A ella le sale mejor que a mí pero tiene ventaja: siempre es más fácil gritar que sonreírse. Ocho o diez policías se llevan a un hombre bajo rengo sucio con harapos y una herida en la panza sangrando: lo que en Colombia saben llamar un desechable. El hombre grita muy bajito, casi por compromiso. En el mercado no hay alardes, no venden nada que no sea muy primario: comida, ropa usada, telas colorinche para vestidos africanos, jabón, candados, zapatillas, velas made in Liberia. Las velas parecen ser la industria local más floreciente. Dicen que un poco más allá, en esa parte donde varios me encarecieron que no fuera, venden el uso de mujeres, pero eso también debe ser bien primario.

Un cartel de Médicos Sin Fronteras pintado a mano muestra una escena de violación naïve y dice que las violaciones no deben dar vergüenza y que hay que denunciarlas e ir al hospital. El cartel es crudo: de un lado un hombre está desnudando a una mujer que se debate; del otro, tres más la están violando. La gente pasa al lado y no lo mira; lo deben haber visto tantas veces.

Este país fue extraño ya desde el principio. Lo fundó, hacia 1830, un grupo de ex esclavos negros norteamericanos con el apoyo de antiesclavistas blancos norteamericanos —que seguramente querían sacárselos de encima. Ellos les dieron plata y apoyo para que volvieran a sus raíces africanas y establecieran allí su propio espacio; por eso lo llamaron Liberia —la tierra de los libres— y a su capital Monrovia —en agradecimiento al presidente Monroe. Pero, a poco de llegar, los ex explotados empezaron a explotar a los negros locales y, durante siglo y medio, sólo sus descendientes fueron ricos o poderosos o presidentes de Liberia. De cómo reproducir —perfectamente, en beneficio propio— lo que decían que odiaban, el orden dominante.

Me cuesta acostumbrarme a usar la camioneta de la ONU y el chofer me pesa, me incomoda. Todo el tiempo le doy explicaciones sobre lo que vamos a hacer, justifico los viajes que le ordeno. Nunca fui un buen jefe, digo: nunca he sabido ser jefe con soltura.

James, el chofer, escucha todo el tiempo las noticias en la radio – las mismas noticias, en un informativo que se repite hora tras hora– y, cada vez, asiente o niega con la cabeza, murmura cosas que no entiendo. James me lleva hasta el centro a ver a Richard: es mi primer entrevistado liberiano y no sé qué me voy a encontrar. Richard trabaja en una “empresa de computación”. O algo así: no trabaja, porque su contrato se terminó y de todas formas casi nunca le pagaban, y la “empresa de computación” es un cuartito en un edificio medio en ruinas. Richard es un chico joven y atildado que habla bajo y me dice que ahí en esa oficina no podemos charlar porque su jefe o exjefe se molestaría, que si podemos ir a otro lugar. No sabemos dónde, James dice que por qué no la camioneta: nos sentamos, Richard y yo, en el asiento de atrás y él me cuenta su vida. De vez en cuando alguien se pega a la ventanilla –cerrada, para que no se

escape el frío del aire. A veces los que se pegan nos muestran sus muñones.

—¿Y cómo eran las cosas antes de ese día?

—No sé, eran tan... normales. Sí, eran normales. Teníamos todo lo que queríamos, teníamos agua, luz, comida: yo no andaba todo el tiempo pensando cómo conseguir algo para comer. En esa época todo era perfecto. Y yo tenía un sueño, esas cosas de chicos: quería ser presidente de Liberia.

En aquellos tiempos Richard Allen tenía ocho años y todo era normal y todo era perfecto: su padre, el pastor Theophilus D. Allen, dirigía la escuela bautista donde él estudiaba; en su casa había una familia, libros, un futuro, cierta paz —aunque él no supusiera que la paz era algo extraordinario. Hasta ese día en que, de pronto, todo fue distinto. Richard ya había visto en la televisión que algo raro pasaba: los noticieros hablaban de unos rebeldes que mataban gente, se comían su carne, se bebían su sangre.

—Yo no entendía, creía que estaban hablando de algún tipo de animal...

Para Richard esos “rebeldes” eran algo lejano, del mundo de la tele, hasta ese día en que su padre le dijo que eran hombres y que estaban

muy cerca de Monrovia y que tenían que irse al pueblo de la abuela. Ese día de 1989 todo dejaría de ser normal, de una vez y para siempre –para Richard y para otros tres millones y medio de liberianos. Liberia, en la costa occidental africana, es la república más antigua y una de las más pequeñas del continente: cien mil kilómetros cuadrados, hierro, oro, diamantes, madera, muy poca agricultura.

Al principio, la vida en el pueblo fue agradable: Richard y sus hermanos podían jugar juntos, no tenían que ir a la escuela, papá y mamá estaban con ellos –y la abuela, que Richard quería tanto. Pero una mañana oyeron tiros. El pastor Theophilus les dijo que se metieran en la casa y cerró puertas y ventanas; pocos minutos después unos soldados los regaban a balazos. Todos se escondieron debajo de las camas. En un momento una hermanita de tres años se levantó y quiso caminar; el padre saltó para agarrarla y cada uno se llevó una bala. Los atacantes eran rebeldes de la etnia Krahn y buscaban gente Gio para matar; los Allen se salvaron porque un vecino krahn que había ido a visitarlos empezó a gritar en su dialecto y el ataque paró. Padre e hija se pasaron unos días en el hospital; cuando salieron, el

pastor decidió que Liberia ya no era segura: la familia se escaparía a Sierra Leona.

No era fácil. Richard recuerda que caminaron mucho tiempo, se subieron a un bote, navegaron horas por un lago y después, del otro lado, poco antes de la frontera, se encontraron con un destacamento de rebeldes que bloqueaba el camino. Los combatientes separaban a los muchachos de más de diez años para incorporarlos a su ejército: si no querían pelear con ellos, los mataban. El resto de los civiles tenía que formarse en dos grupos: los hombres de un lado, las mujeres y los chicos del otro.

—Unos rebeldes se pusieron a apostar de qué sexo sería el bebé de una chica embarazada. Se reían, unos decían que macho, otros que hembra. Al final la abrieron con un cuchillo, le sacaron el feto, vieron que era un nene. Los que habían ganado festejaron a tiros, le cortaron la cabeza, la pusieron sobre el techo de su camioneta. Yo lloraba, lloraba.

Las guerras civiles de Liberia duraron catorce años, desde la entrada en acción del ejército de Charles Taylor en 1989 hasta su caída definitiva en 2003. Fueron diversos episodios —que los liberianos llaman 1ª, 2ª y

3ª Guerra Mundial—, interrumpidos por negociaciones y paces efímeras, donde murió un cuarto de millón de personas. Muchos combatientes eran adolescentes alcoholizados o drogados; sus jefes y sus brujos los convencían de que nadie podría matarlos si bebían sangre humana o comían carne de una virgen —y ellos, como es lógico, lo hacían. Aquella tarde, en el retén, había muertos colgados de los árboles que chorreaban sangre en baldes —y los soldados la bebían. Aquella tarde, en el retén, unos soldados quisieron poner a la hermana menor de Richard, de cuatro meses, en un mortero para molerla a golpes. Su abuela la aferró, no la soltaba: un soldado le atravesó el pecho de una puñalada.

—Después la acuchillaron docenas de veces, por todo el cuerpo. Mi padre miraba y no podía hacer nada, si se movía lo mataban a él. Agarraron a mi abuelita y la arrastraron por todos lados y se peleaban por comérsela. Cruda, se la comían. ¡Cruda, por Dios! Si en ese momento hubiera podido, les habría hecho las peores cosas.

Los Allen salvaron sus vidas porque un rebelde reconoció al pastor y los dejó seguir. Después cruzaron la frontera y caminaron varios días por la

selva hasta un galpón donde se hacinaban cientos de refugiados liberianos. Allí pasaron semanas, y no era mucho mejor: los chicos se morían de hambre o mordidos por las serpientes o cazados por los animales salvajes o las enfermedades. Hasta que llegó una misión de la ONU, que los llevó a un lugar algo más protegido y los ayudó a construirse sus propios ranchos: no siempre había comida, pero al menos tenían un cobijo. Una noche, desde el otro lado de la frontera, llegaron los rebeldes: agarraban a los hombres y les preguntaban si preferían mangas largas o mangas cortas. Al que decía mangas largas le cortaban el brazo a la altura de la muñeca; al que decía mangas cortas, a la altura del hombro. A algunos les daban la opción de pantalones cortos o pantalones largos –o del celular: les cortaban los tres dedos del medio de una mano, así les quedaban el pulgar y el meñique, que imitan a un teléfono. Hay momentos en que la modernidad y la salvajería se mezclan sin piedad –y un humor raro. Al que no quería elegir lo mataban sin más.



DEL LIBRO *LA HISTORIA*
EL PRINCIPIO

Ya no hay más muertes bellas. Si hubiera, sería que tantas otras cosas no sucedieron mientras. Si llegara a haber, todo sería un error bruto. La historia, más que nada, sería un bruto. Pero ya no hay. Las muertes bellas llegaron a ser una amenaza. Ahora ya no son necesarias, o sea: ya no son posibles.

Ya no hay más, por fortuna, y mi padre va a morir esta noche. A partir de mañana voy a ocupar su lugar o, más bien: a ser él. Para esto me prepararon tanto. Para esto fui hasta ahora.

Nosotros podemos elegir nuestra muerte: solamente nosotros. Y hubo tiempos en que sólo nosotros podíamos sobrevivir a la muerte: era nuestro privilegio. Desde el principio, mis padres disfrutaron de ese favor único y todos los demás los envidiaban en silencio: resignados. El que los viera ahora, regodeándose en la Larga conquistada, discutiendo

maneras, contándose detalles, buscando quien los acompañe en las delicias de una muerte juntos, no podría imaginarlo, pero hubo tiempos en que los habitantes de la Ciudad y las Tierras no esperaban nada de lo que había detrás de la muerte. No esperar nada, saber que se morían, era su distintivo: era su orgullo. Al morir morían, y todo lo que deseaba un hombre era que su cuerpo fuera incinerado con cantidad suficiente de mujeres.

Es un lugar común insistir en que los cuerpos de hembra arden más suave, más intenso, con belleza tremenda. Hay vulgos que nunca vieron los azotes violetas que nada más pueden nacer del cuerpo de una hembra preñada de una hembra: pobrecitos. Son escuetos. Bajos, tiriflos, los que no conocen el pálido fuego rosita de la virgen, que quema sin insultos, como si arrullara. Ajenos, poca cosa, los que ignoran esos lambetazos cenicientos, entre el celeste del gas puro y el verde casi nada de los primeros tallos del bailén, con que una madre retoma el cuerpo de su hijo. O ese fuego amarillo, como ramitas secas, de una vieja que se quiebra para dar todavía. Malo es morir solo: quemarse con madera. En las habitaciones

de la Casa se oyen los gritos, los lloros, el silencio de las que pueden morirse con mi padre: porque mi padre Ramón me pidió que lo quemara.

En estos días, desde que se empezó a morir, mi padre Ramón me llama mucho. Se supone que tiene tanto para contarme sobre el manejo de la Casa y las Tierras, pero no hay nada que yo tenga que saber y todavía no sepa. Los encuentros deberían servir para atar lazos entre padre e hijo, sucedido y sucesor, pero, para mi vergüenza, me trajeron espanto e impaciencia y muchas ganas de terminar bien corto: hasta una tercera cuando, con su cara como un río de noche, mi padre me anunció que iba a darme sus voluntades para el tránsito.

Fue hace dos días. Mi padre Ramón, mi padre, estaba acostado en su tarima de madera cubierta de pieles de vicuñas blancas. Su estancia estaba enorme por vacía. Para la agonía se habían llevado todo y hasta su diadema de plata se achataba a su lado: opacada sobre los pelos blancos. Las ventanas que dan al patio estaban cubiertas con telas de nuestro azul y nada más quedaba abierta la ventana del oeste: al fondo, nubes claras

escondían las montañas. Siempre es mejor, en estos casos, que las montañas queden escondidas. Su cara sin atributos se hundía en un almohadón, iluminada raro: como si la poca luz de la estancia la buscara. Entonces dijo esas palabras que no le había escuchado nunca:

–Hijo mío...

“Hijo mío”, dijo, “tengo que confesarle algo”.

DEL LIBRO *AMOR & ANARQUÍA*
LA MUERTE DE MARÍA SOLEDAD ROSAS

Supongamos que hacia las cinco de la mañana del sábado 11 de julio de 1998 María Soledad Rosas entró en su habitación con la certeza de que vivía sus últimos minutos. Supongamos que lo había decidido: que entró pensando que había terminado de entender que ése era su destino, que por fin había encontrado el coraje necesario para hacerlo.

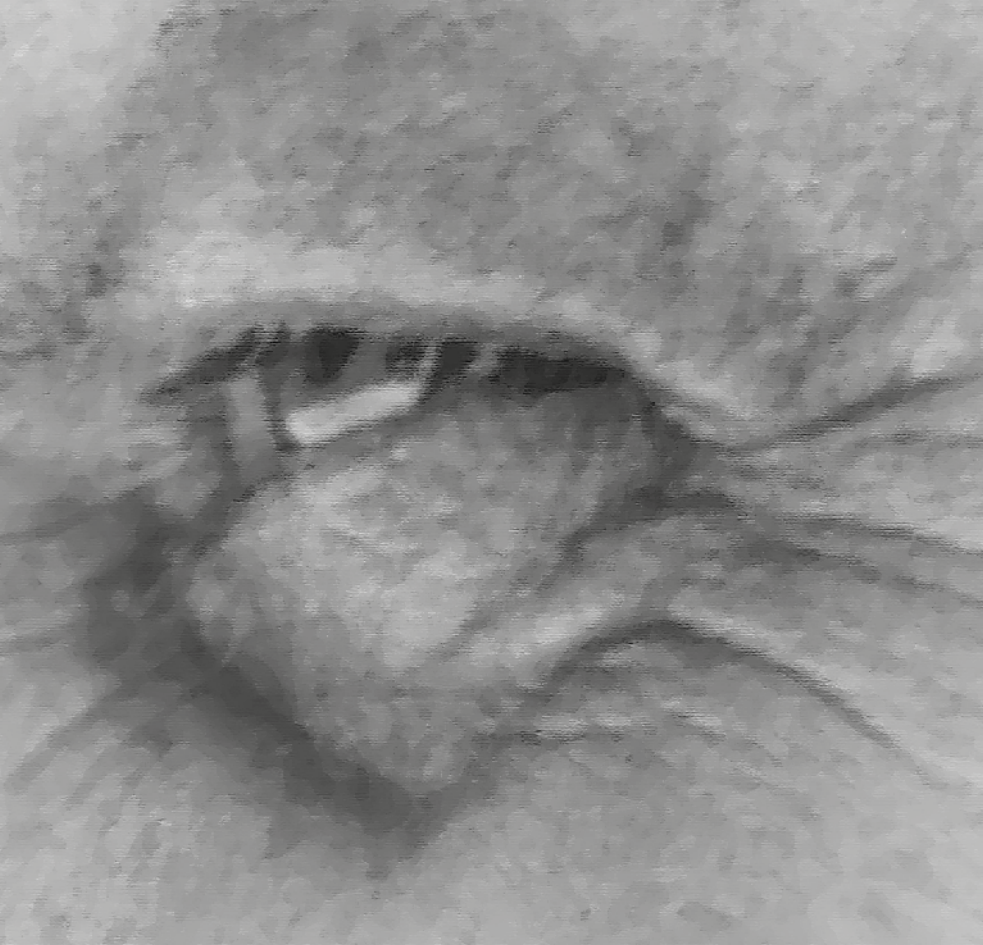
Supongamos que todavía le sonaban en los oídos las risas de sus amigos, esa música tonta pero festiva, algún chiste más o menos malo; supongamos que miró a su alrededor y vio aquel libro sobre la mesa de luz, cerrado; que lo abrió y leyó por última vez aquella página, buscando letra, justificaciones. Que dejó el libro abierto, como quien sigue hablando. Que agarró su cuaderno y que escribió, con su birome azul, unas palabras con la letra muy grande, desmañada: que se sorprendió de lo difícil que le resultaba dibujar cada trazo. Que volvió a pensar en Edoardo: que pensó que pronto lo vería, que lo puteó otra vez por haberla dejado, que le agradeció de

nuevo tanto amor y lo odió por haberle marcado el camino que estaba por tomar. Que trató de ver su cara y algo se la nubló; que después la pudo precisar. Supongamos que se dijo que no debía demorarse: que tuvo miedo de que cualquier demora le quitara el coraje necesario. Que pensó una vez más que iba a necesitar mucho coraje. Que nunca se había creído valiente pero que ahora sí iba a serlo. Que no iba a echarse atrás.

Supongamos que entonces fue hasta el armario y agarró una sábana limpia del ropero y que se sonrió: que pensó que era tonto haber pensado en eso, en la sábana limpia, y que uno a veces piensa cosas extrañas. Supongamos que pensó en su madre, que la sábana limpia la hizo pensar en su madre y entonces en su padre y en su hermana y en la pena que les daría su decisión; supongamos que no lo pensó. Supongamos que alisó la frazada que había sobre su cama, que dejó la nota sobre la almohada, que miró su habitación con distancia infinita: que vio su habitación con la mirada con que se miran las últimas cosas, con la mirada de quien ya no pretende hacer recuerdos –si acaso deshacerlos. Y que salió de su habitación y entró en el

baño, ahí al lado, a dos pasos: que la impresionó que estuviera tan cerca. Que la impresionó que todo estuviera tan cerca.

Supongamos que, ya en el baño, se miró en el espejo, se reconoció en el espejo, se sonrió en el espejo y pensó que la sonrisa, por lo que fuera, no le salía tan triste. Que la sorprendió que su cara en el espejo de esa noche fuera tan parecida a su cara en el espejo cualquier noche: que el aspecto de todo fuese tan parecido a cualquier otra noche. Supongamos que recordó, una vez más, que intentó recordar la sonrisa de Edoardo. Que entonces se apenó con la idea de que nunca tendría un hijo pero se dijo que cómo podría tener un hijo que no fuera de él: que ésa sería la traición intolerable. Supongamos que pensó de nuevo, que volvió a pensar que lo que estaba por hacer la acercaría tanto a él, que era una forma extrema, definitiva de la fidelidad. Que él sabría, también, que desde que murió ella nunca había estado con otro y que ahora eso sería para siempre. Supongamos que recordó un momento aquella última vez y que después se lo sacó de la cabeza: que pensó que si seguía con esa imagen nunca sería capaz de



hacerlo. Y que, para escaparse, pensó que ojalá sus compañeros supieran disculparla por dejar la pelea; que quizás, si acaso, la entendieran. Que quizás, incluso, su muerte les sirviera en la lucha.

Supongamos que ya no tenía ganas de pensar nada más: que pensó que ya había pensado demasiado. Que miró una vez más la sábana limpia blanca muy planchada, que le temblaron las manos cuando empezó a anudarla al caño de la ducha, que le temblaron más cuando se la ató al cuello. Supongamos que miró y vio que casi no había espacio para arrodillarse y que entonces se puso levemente de costado y se echó de rodillas y sintió el tirón de la sábana alrededor del cuello, el sofoco de la sábana alrededor del cuello, la garganta cerrando el paso al aire, el aire que faltaba, las manos apretadas, los ojos apretados. Supongamos que pensó que no conseguiría llegar hasta el final, que no tendría las fuerzas, y que pensó que igual tenía que hacerlo. Supongamos que apretó las mandíbulas, las manos y se dijo que ya casi estaba. Supongamos que, entonces, pasaron varios minutos, diez, quince minutos, tan largos que es imposible suponerlos.

Aunque todo puede haber sucedido de tantos otros modos.



DEL LIBRO *EL HAMBRE*

UN FRAGMENTO

Los principios

Eran tres mujeres: una abuela, una madre, una tía. Yo llevaba tiempo mirándolas moverse alrededor de ese catre de hospital mientras juntaban, lentas, sus dos platos de plástico, sus tres cucharas, su ollita tiznada, su balde verde, y se los daban a la abuela. Y las seguí mirando cuando la madre y la tía recogieron su manta, sus dos o tres camisetas, sus trapos en un petate que ataron para que la tía se lo pusiera en la cabeza. Pero me quebré cuando ví que la tía se inclinaba sobre el catre, levantaba al chiquito, lo sostenía en el aire, lo miraba con una cara rara, como extrañada, como incrédula, lo apoyaba en la espalda de su madre como se apoyan los chiquitos en África en las espaldas de sus madres –con las piernas y los brazos abiertos, el pecho del chico contra la espalda de la madre, la cara hacia uno de los lados– y su madre lo ató con una tela, como se atan los chiquitos en África

al cuerpo de sus madres. El chiquito quedó en su lugar, listo para irse a casa, igual que siempre, muerto.

No hacía más calor que de costumbre.

Creo que este libro empezó acá, en un pueblo muy cerca de acá, fondo de Níger, hace unos años, sentado con Aisha sobre un tapiz de mimbre frente a la puerta de su choza, sudor del mediodía, tierra seca, sombra de un árbol ralo, los gritos de los chicos desbandados, cuando ella me contaba sobre la bola de harina de mijo que comía todos los días de su vida y yo le pregunté si realmente comía esa bola de mijo todos los días de su vida y tuvimos un choque cultural:

–Bueno, todos los días que puedo.

Me dijo y bajó los ojos con vergüenza y yo me sentí como un felpudo, y seguimos hablando de sus alimentos y la falta de ellos y yo, tilingo de mí, me enfrentaba por primera vez a la forma más extrema del hambre y al cabo de un par de horas de sorpresas le pregunté –por primera vez, esa

pregunta que después haría tanto— que si pudiera pedir lo que quisiera, cualquier cosa, a un mago capaz de dársela, qué le pediría. Aisha tardó un rato, como quien se enfrenta a algo impensado. Aisha tenía 30 o 35 años, la nariz de rapaz, los ojos de tristeza, su tela lila cubriendo todo el resto.

—Quiero una vaca que me dé mucha leche, entonces si vendo un poco de leche puedo comprar las cosas para hacer buñuelos para venderlos en el mercado y con eso más o menos me las arreglaría.

—Pero lo que te digo es que el mago te puede dar cualquier cosa, lo que le pidas.

—¿De verdad cualquier cosa?

—Sí, lo que le pidas.

—¿Dos vacas?

Me dijo en un susurro, y me explicó:

—Con dos sí que nunca más voy a tener hambre.

Era tan poco, pensé primero.

Y era tanto.

Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. No hay nada más frecuente, más constante, más presente en nuestras vidas que el hambre —y, al mismo tiempo, para la mayoría de nosotros, nada más lejos que el hambre verdadero.

Conocemos el hambre, estamos acostumbrados al hambre: sentimos hambre dos, tres veces al día. Pero entre ese hambre repetido, cotidiano, repetida y cotidianamente saciado que vivimos, y el hambre desesperante de quienes no pueden con él, hay un mundo. El hambre ha sido, desde siempre, la razón de cambios sociales, progresos técnicos, revoluciones, contrarrevoluciones. Nada ha influido más en la historia de la humanidad. Ninguna enfermedad, ninguna guerra ha matado más gente. Todavía, ninguna plaga es tan letal y, al mismo tiempo, tan evitable como el hambre.

Yo no sabía.

DEL LIBRO *A QUIEN CORRESPONDA*

UN FRAGMENTO

Digamos que no pudo soportar lo que llamamos latortura. Latortura es una forma barata de llamarlo: gentileza hacia el lector o el interlocutor, una manera de la deferencia o de la cobardía –una agachada. Llamarlo latortura no supone ninguna descripción: no muestra un cuerpo vivo atado de las muñecas a una soga que cuelga del techo y el cuerpo a su vez que cuelga de la soga mientras los brazos se le van estirando, descoyuntando, deshaciendo en el esfuerzo de sostener el cuerpo que ya nada sostiene, que sólo sus enemigos necesitan; no muestra un cuerpo vivo atado al que una mano agarra por la nuca para hundirle la cabeza en el agua o en un agua repleta de basura mierda bichos para que vea cómo le pueden convertir en agua el aire, el aliento en ahogo, la vida en un momento, cómo pueden cambiarle el mundo en un momento, diseñarle en un momento un mundo donde ese cuerpo ya no puede ser lo que era antes; no muestra un cuerpo vivo atado pies y manos a una cama de fierro, desnudo, muy

desnudo, los brazos estirados separados, las piernas estiradas separadas, abierto, más que abierto, que recibe descargas implacables estruendosas tremendas en las orejas labios ojos cuello encías tetillas tetas panza huevos glánde vagina y se retuerce y no consigue siquiera retorcerse, atado, tan abierto, y se retuerce sin siquiera; no muestra un cuerpo vivo atado muy desnudo obligado por manos y brazos de otros cuerpos a presentarse en cuatro patas con la cabeza baja contra el piso, aplastada contra el piso por un zapato o bota con las manos atadas por detrás de la espalda, con las piernas flexionadas separadas y los cuartos traseros para arriba, el culo arriba para que le entre el palo el cuchillo la botella que hace de lo interior de ese cuerpo una zona disponible para el ataque, un lugar del afuera: que deja afuera indefendible lo que estaba adentro, defendido: que le da vuelta el cuerpo. Llamarlo latortura no muestra que ese cuerpo pertenece a un hombre una mujer que están ahí, reclusos de ese cuerpo, rehenes de ese cuerpo, desnudos de ese cuerpo sufriendolo a los gritos, retorcidos dentro de un cuerpo retorcido, encerrados en un cuerpo que querrían olvidar, abandonar, perder –olvidar, olvidar, olvidar– desesperados de ser

un cuerpo que se convierte en dolor puro, un enemigo, la fuente de un sufrimiento que nunca habrían podido imaginar: hundidos en el terror de lo que nunca. Llamarlo latortura no muestra sobre todo –no muestra para nada– ese modo extremo de convertir un cuerpo en un cuerpo cristiano, en lo que todo cuerpo es para los cristianos: el enemigo, el camino que lleva a la condena. Llamarlo latortura muestra menos aún que alrededor de ese cuerpo hay dos, tres, cinco hombres –siempre hombres, no mujeres– vestidos revestidos que sostienen los cables con la mano, golpean con las manos, golpean con instrumentos, queman atan introducen hunden desgarran gritan amenazas, susurran amenazas, gritan preguntas, susurran preguntas, gritan y susurran insultos desdeñosos vos no sos nadie no existís no le importás a nadie ya estás muerto, vos ya estás muerto pelotudo y no te lo dijeron, hombres que dirigen la aplicación de la corriente los golpes desgarras amenazas preguntas los insultos, que enseñan al hombre la mujer del cuerpo atado a la cama de fierro colgado de los brazos empalado hundido sacudido que ahora son los dueños de su cuerpo hasta límites que ese hombre esa mujer no supusieron nunca, que son los dueños de ese

cuerpo y por lo tanto de la vida y la muerte del ocupante de ese cuerpo, del antiguo dueño de ese cuerpo, del rehén de ese cuerpo, que pueden hacer con él con ella lo que se les cante soberanamente las pelotas: lo que quieran. Absoluta, completamente lo que quieran: el poder. Llamarlo latortura no muestra –no permite siquiera sospechar, en su esplendor rabioso– la escena de mayor poder que un hombre puede ejercer sobre algún cuerpo: tanto poder que sólo puede ejercerse sobre un cuerpo ajeno.

DEL LIBRO *LARGA DISTANCIA*
CAPARRÓS O LA DERROTA ESPERANZADA

Se sabe que el tío Pepe nunca se abandonó por una falda. La miniatura esmaltada lo muestra con el ceño apretado, las patillas frondosas, la nariz convexa y afilada, los ojos sin asombro y ni un atisbo de sueños en la mandíbula recia y mal cuadrada. Aquellos hombres se enfrentaban a opciones impensables: tenían que decidir si seguirían siendo españoles o inventarían la posibilidad de un gentilicio sin pasado. Aún no había argentinos. Los inventores de un país siempre tienen naciones y padres extranjeros; por eso ellos, que no pueden ser hijos, se esfuerzan en ser los padres de una patria. Las patrias son siempre hijas de un puñado de bastardos, hijas de hijos sin filiación establecida.

Don José Caparrós había nacido en las Cuevas de Vera, en Almería, y había pasado al Nuevo Mundo como todos, huyendo del desierto y los olivos. Durante años comerció con vinos y jabones; en 1807, contra

los ingleses, se descubrió un futuro de soldado. En el '10 se plegó al movimiento, como casi todos, porque no tenía por qué defender la tierra abandonada; en el '11 se ilustró en el asalto a la Isla de Ratas, que facilitó la toma de Montevideo, y recibió las charreteras de teniente del regimiento de Dragones. Aquellos hombres se labraban en poco tiempo una carrera: la patria que no era patria tampoco tenía instituciones todavía, y Mariano Moreno había explicado que era más conveniente –más barato– distribuir medallas y galones que el dinero que ya entonces escaseaba.

En el '13 desembarcó al mando de dieciocho hombres en la isla de Martín García y la ocupó; unos días más tarde debió abandonarla, pero fue promovido a capitán y descubrió de pronto que su vida ya tenía un sentido. El tío Pepe era un palurdo tímido, de pocas letras y muy medianas luces pero sabía obedecer una orden con el taconeo más apropiado, y cobrar buenos bagres en las aguas revueltas de ese río.

–Hemos destituido al gobernador.

–Por mí, como si nombran a don Sancho Panza.

—Y vamos a decretar la autonomía.

—A mandar, señores, a mandar, que para eso soy soldado.

En el '16 estaba en La Rioja cuando un puñado de locales decidió que la provincia merecía ser independiente de un país que no existía. Al tío Pepe todo aquello lo tenía muy sin cuidado. En el '18 se incorporó al ejército de los Andes y el gran capitán lo ascendió, lo nombró su edecán y lo mandó a Buenos Aires a buscar dinero, porque sabía que no hay nada menos peligroso que un hombre sin imaginación ni pretensiones. Era teniente coronel cuando emprendió el viaje con una muda de ropa muy gastada, su sable corvo, su manta sanjuanina y una biblia española que casi nunca abría. A la vuelta, en una posta cordobesa, usó —se dijo— de una mujer de crenchas desgreñadas que le hizo ver, por una vez y sin mañana, la posibilidad de otro destino. Pero retomó el camino, el traqueteo, las noches al raso y los naipes de soldado y en el '22 estaba de mayor a cargo de la ciudad de Lima. El tío Pepe no tenía hijos ni familia, no tenía siquiera una casa o una tierra en estas tierras, pero la revolución estaba construyendo la

ilusión de un mundo que él vería –con simpleza, sin declamaciones, quizás con comprensión menguada– como su mundo, como su destino.

En 1824 la guerra estaba terminando. La campaña había durado dieciocho años y la última batalla ya llegaba. Fue en diciembre, en los llanos de Ayacucho –que significa en quechua “el rincón de los muertos”–: allí, en la madrugada del 9, el joven mariscal de Sucre se lanzó a la pelea contra el virrey De la Serna. Hubo marchas y contramarchas, fugas y avances, gritos y desbandes. Al mediodía la guerra era un recuerdo con aroma a cadáver. Catorce generales españoles y cientos de jefes y oficiales entregaron sus sables, sus honores. El coronel don José Caparrós era uno de ellos: dos meses antes, cuando ya se veía el final del largo túnel, se había pasado con armas y bagajes al ejército godo, para ser derrotado y llevar el controvertido arte de la traición a sus más altas cimas.

No se sabe si hubo antes de ese día una noche de insomnio, una ambición insatisfecha, una iluminación o un terror pertinaz e irreparable. Sí que después de tantos años de batalla huyó de la victoria, se pasó al

enemigo. O quizás al amigo, a la tierra de origen súbitamente recuperada en un olor de azahares, en un aire de copla, en un guisado.

Algunos dicen haberlo visto, tiempo después, en México; otros, en España. Otros, aún, sostienen que fue sumariamente fusilado por el horror de sus camaradas que, como tantos otros, podrían haber perdonado casi todo pero no la derrota voluntaria, artera. Lo que todos los cronistas aceptan como cierto es que no tuvo descendencia, que los rastros de su sangre se pierden, se disuelven, que no dejó herederos.



DEL LIBRO *LA HISTORIA*
Y POR FIN BONUS TRACK

Bonus track. En *La Historia* hay pequeños poemas que me gustan especialmente. Este, por ejemplo, se supone que data del siglo XVIII y que aludía al viaje del compilador del libro, Alphonse des Thoucqueaux, a Persia. En ese viaje Thoucqueaux habría sufrido una mutilación nefanda, y a ella refiere la letrilla:

“Thoucqueaux n’a plus tout ce qu’aux
Sauvages il laissa:
il y perdit, dit Père,
la paire d’aimer mère,
les deux d’eux, qu’il n’a pas.
S’il les avait, Thoucqueaux,
ce serait tout court qu’aux
Sauvages il n’alla.

Mais il alla: chez eux,
s'il n'en perdit que deux,
c'est qu'on n'en a pas trois.”

Pero también quiero citar uno más hispano, gongorino, que viene transcripto así:

“Cala el pálido, cálido balido,
desvalido, el oído de los montes;
el son te acosa por el horizonte,
y partes hacia el son despavorido.
Corres cerros y corres carreteras;
atraviesas traviesas torrentadas,
saltas las altas matas mal taladas
y las bajas borrajas jardineras.
Faltabas de tu puesto: no quisieras
que por mor de una mora tu demora

diera a la fiera en pasto tu majada.
Ya sólo se oye noche; cazadora,
le ha sobrado tu hora enamorada
para ser ella, para que otra muera.”

Y sigue el texto diciendo que “El soneto trata, es evidente, de la distracción de un pastor que, por un devaneo amoroso, no protege a su rebaño de los ataques de la fiera. La versión original –asertiva y moral, según los modelos calchaquis– podría ser, por ejemplo:

“Faltó de su lugar./ Cuando volvió/ el lugar no existía.”

O si no:

“Faltó de su lugar./ Quiso volver:/ creyó que tenía uno.”

Pero también sería posible:

“Tuvo miedo y corrió./ Siempre se corre/ en el sentido erróneo.”

o bien:

“Del amor no aparecen/ amores./ De todo, opuestos vienen.”

Y tantos más, que prefiero sustraer a la impaciencia del lector.

Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**
Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**

Martín Caparrós. *Comosí*, de la serie *Voz Viva de América Latina (VVAL - 44)* de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2017, en Offset Santiago, S.A. de C.V.,

Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, y se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L. de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México,

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.